

## COMENTARIO AL ARTÍCULO:

### *Con los ojos cerrados*

Marta Lapacó<sup>7</sup>

Cuando se presenta la propuesta de un trabajo escrito, llega al tiempo la ansiedad de no saber qué va a surgir y cuáles serán las consecuencias, casi siempre imprevistas. Dejo que las ideas asomen en un tiempo lento, que me permitan armar poco a poco el escrito que quiero desarrollar. Cuando manifiesto que el tiempo es pausado, me refiero a los momentos de las caminatas, al tiempo del disfrute de la belleza de la naturaleza cuando me detengo a observar, como buena fotógrafa, situaciones que me dejan asombrada. Me refiero también al tiempo lento, sin apuros, que me estimula la música, la literatura y el cine. Todos los anteriores, son momentos que gozo, uso para imaginar y armar, con esas fichas, el rompecabezas de ideas que revelen el trabajo.

Cuando me fijo en esa foto en sepia, la miro y noto a un hombre que parece sugerir ser abuelo, observo también la foto de una pareja. ¿El abuelo es el padre de ella o de él? ¿Por qué cuelgan una foto en la que aparece el abuelo solo? ¿Está sin pareja? Un adulto las contempla y recuerda que de niño creía que el mundo era en blanco y negro, como en esas fotos. Los niños que viven una tensa atmósfera familiar y que no tienen la alegría de sentir que sus juegos, sus gestos, sus intranquilidades pueden ser interpretados por los padres, encontrándoles un sentido, quizá terminan con un sentimiento fugaz sobre el transcurrir de la vida y todo se vuelve en blanco y negro. Es probable que la desdicha se

---

<sup>7</sup> Psicoanalista. Miembro Titular de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis, con funciones didácticas en el Instituto Colombiano de Psicoanálisis.

instale antes de la adquisición del lenguaje. Aun ronda mi inquietante pregunta: ¿Ausencia o pérdida de la abuela? El análisis puede hacer hablar al infante, ahora que el adulto usa su voz, para ir en auxilio de aquel niño que no tenía palabras. ¿Transmisión generacional de la vida psíquica? ¿Por qué la abuela no está en la foto? En blanco y negro, sin poder acceder a los afectos. Imagino a un niño con sus juegos repetitivos, sin matices, como Ernest, el nieto de Freud con sus palabras *Fort-da* (Freud, 1920) recreando separaciones y encuentros, como en blanco y negro.

¿La no foto sugiere un duelo transmitido de generación en generación? Algo sucedió en una región en la que el niño terminó extraviado. Abuelo extraviado, padre o madre perdidos. Duelo postergado o congelado. Ahora aparece el color y con ello, la posibilidad de transformar los objetos perdidos en objetos nuevos.

Desde mi perspectiva, las fotos en blanco y negro me conmueven, pues encuentro luces y sombras, busco detalles y adivino contornos en las variedades del claroscuro. Soy espectadora silenciosa que se interroga por ellas. La experiencia estética de una foto en blanco y negro, muestra el ojo avizor de un buen fotógrafo. Admiro aquellos que capturan las miradas de sus fotografiados, como si las hicieran hablar. Recuerdo ahora la última película de Sam Levinson, con fuertes gamas de blanco y negro, tal vez, para transmitirnos la ardiente fricción de los diálogos de sus personajes.

Fotos colgadas en una pared que custodian el ir y venir por unas escaleras. Fotos familiares que se viven cercanas y lejanas. ¿Quién las colgó allí? ¿Cuántas miradas y reacciones diferentes provocarán esas fotos? Para algunos representarán una parte de la historia familiar, para otros una historia novelada ubicada en algunos confines.

Ahora, imagino fotos que evocan momentos de compartir en familia, en pareja, con amigos. Fotos que guardamos como viejas historias desempolvadas que sacuden los recuerdos. Fotos que nos ubican en momentos de intimidad, donde podemos recordar qué pasó antes y después de ese fugaz instante. Fotos que nos permiten tener conversaciones íntimas y acceso a huellas de nuestra historia. Fotos de encuentros y también de desencuentros. Fotos que fuerzan

a pararse una y otra vez frente a ellas y que despiertan sentimientos que nos transportan en diversas direcciones. Descubrir distintos aspectos en una mirada, en la libertad de un gesto, en una sonrisa que nos hace preguntar ¿genuina? o ¿fingida? Fotos que cuentan historias y que transmiten acontecimientos. Fotos que nos cambian al poder capturar momentos de dolor y volver lo ordinario en recuerdo de algo, que vivimos ahora como extraordinario.

Recuerdo la exposición del fotógrafo holandés Erwin Olaf, que tiene como título *Celda de emociones*. Este artista captura en sus fotografías la ansiedad y la tensión de la espera. Fotos que presagian una espera desesperante, que se revela en gestos y posturas corporales. *Celda de emociones*, título original que me hace preguntar si las emociones encarceladas se pueden convertir en ¿una lucha permanente contra el retorno de lo que duele pensar? O, por el contrario, en ¿una necesidad de volver a ellas como en una batalla contra el olvido?

Fotografías que nos llevan a lugares recónditos, rememoran emociones inesperadas cuando ver afuera es comprender adentro. Miro también esas fotos de flores que cautivan por su belleza y perfección.

Ahora pienso en aquellos que toman fotos sin estar ahí. No viven el momento, pues ese instante solo queda grabado en la fotografía. Recuerdo a Cecilia, cuando contaba que su hermana le había celebrado su cumpleaños, sin embargo, no compartió con ella esos momentos: “Todo se fue en colgar en *Facebook* las fotos y ese encuentro vacío quedó plasmado como un tiempo compartido”, luego comentó “fotos falsas, que no muestran la realidad, me produce desazón”. Con los comentarios de esta paciente, viene a mi memoria Italo Calvino (1991), en *La aventura de un fotógrafo*, al mencionar que muchos viven para fotografiarlo todo y esto nos puede llevar a la estupidez o a la locura.

También pienso en fotos como depósitos de historia, a lo largo de la vida. Fotos que documentan una realidad. Imágenes esclarecedoras.

Ahora, miro otra foto y la imagino como una representación de distintos estados mentales, podría titularla *De lo gélido a lo cálido*. ¿Qué es esto paralizado, sin vida, que con una apariencia vital nos confunde, pero al cabo de unos segundos podemos esclarecer de qué se trata? Una madre muerta

(Green, 1980) que demolió la creación de un espacio psíquico. Se aniquiló la historia. Rupturas de relatos, que obligan al psicoanalista a usar recursos a veces desconcertantes, y que, por lo tanto, producen momentos imprevistos. La incursión psicoanalítica logra lo inesperado. El vínculo centrado en estabilidad y permanencia con avances y retrocesos, permite que aquel niño se sienta vivo dentro del adulto. De lo gélido avanzo hacia lo cálido. De la estructura narcisista patológica, producto de la magnitud traumática del objeto, me ubico en aquella capacidad de representar, que ahora tiene el paciente. El viaje analítico pasó por distintas dificultades y paró en diversas estaciones: la del narcisismo, la relación madre-bebé, lo edípico, lo transgeneracional. Avances y regresiones. Un viaje que hizo su recorrido entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo.

Esos dos perros echados en un rayo de sol que los envuelve, son representativos de otro estado mental. La pareja conquista su lugar. Ahora hay un otro que puede ser reconocido y que no pasa desapercibido. El espacio psíquico está poblado de objetos nuevos que acompañan. La tibieza del rayo de luz anuncia la vitalidad del vínculo. La luminosidad resuena con lo creativo, y logra que lo enigmático aparezca una vez que el duelo y lo traumático pueden ser elaborados. Poco a poco la creatividad y los vínculos ocupan su lugar, cuando aquello inaccesible se torna abordable.

## Referencias

- Calvino I (1991) La aventura de un fotógrafo. En *Los amores difíciles*. Barcelona: Tusquets.
- Freud S (1920) Más Allá del Principio del Placer. *Obras Completas*, Vol. **18**. Buenos Aires: Amorrortu.
- Green A (1980) La madre muerta. *Narcisismo de vida Narcisismo de muerte*. Barcelona: Paidós.

Fecha de recepción: 28 de febrero, 2021

Contacto:

Marta Lapacó

lapacomarta@yahoo.com.ar